

¡Qué suerte! Cómo le envidio esa facilidad para dormir nada más meterse en la cama y cerrar los ojos, durante toda la noche, ininterrumpidamente. En fin, voy a girarme hacia la izquierda a ver si concilio el sueño, es mi posición favorita pues me encuentro muy cómoda. A ver, voy a coger el móvil de la mesita de noche para ver la hora: las dos y treinta y nueve. Voy a apagarlo, no sea que la luz que despide la pantalla despierte a Paco.

Qué largos se me hacen los minutos que van pasando y aunque permanezco con los ojos cerrados obligándome a mí misma a seguir durmiendo no lo consigo.

Voy a girarme de nuevo hacia la derecha.

Una vez más, ya te tengo frente a mí, marido mío. ¡Qué a gusto duermes!

¡El pobre está reventado! Es normal, todo el día con el taxi arriba y abajo. Trabaja mucho y madruga el que más. ¡Anda que no ronca! Si es que ya no se cuida nada y está engordando más de lo que debería, pero es que no se priva de nada y luego me dice a mí que me controle en la mesa que estoy echando mucho culo. Él opina que en los hombres es normal tener barriga con la edad, pero que las mujeres nos tenemos que cuidar, es nuestra obligación para con nuestros maridos. En fin, el pobre no sabe que las mujeres también tenemos ojos y algunas buen gusto. La verdad es que la ansiedad me puede y me como todo lo que se me ponga por delante. Este verano no pienso ponerme bikini que ya parezco una ballena. ¡Lo que no se es como estoy tan gorda si no paro en todo el día! Será que estoy pre-menopáusica. No sé, en fin, da igual. A ver si me duermo. ¡Vaya, Paco, qué suerte tienes! Ojalá pudiera dormir como tú.

Mientras te miro, estoy recordando que mañana, cuando salga del trabajo por la tarde, tengo que ir a comprarte las manzanas. No me quedan de las que ahora tanto te gustan, las fuji, que las golden dices que ya no te gustan y te sientan mal. Aprovecharé y compraré detergente para la lavadora pues tengo un montón de ropa para lavar, por lo menos dos lavadoras. La secadora ya no va bien y no sé si me dará tiempo a lavar y secar la ropa deportiva para la clase de gimnasia de la pequeña. A ver si le van a poner falta por mí culpa. Si por lo menos le valiese una de las camisetas de su hermano, pero todavía es muy pequeña y su hermano está muy grande. De todas formas, seguro que Jaime la tiene tirada por el suelo o toda arrugada en el armario ¡Cómo si lo viera! No sé qué voy a hacer con este hijo mío. ¡Es imposible que tenga la habitación ordenada! A ver si mañana... bueno mañana no puedo que tengo que ir a comprar, pero pasado mañana tendré que hacer una buena limpieza. Aprovecharé que Jaime se va con su padre al fútbol. Por cierto, que no se me olvide que tengo que prepararles los bocadillos.

A Paco se lo haré de lomo y queso con un poquito de ajoaceite y el pan tostado, como a él le gusta, y al niño de tortilla de patatas. Ahora que lo pienso, haré una tortilla más para llevársela a mis padres este fin de semana, junto al arroz al horno que les prepararé con el caldo del cocido que hice ayer por la noche.

A ver si Paco no trabaja el sábado y lo tiene libre, porque así podría acompañar a mi suegro a la farmacia a recoger las medicinas que ya le tocan. Sino pudiese me tocará ir a mí con la niña, después de haberla llevado a la óptica. A la pobre deben haberle aumentado

el número de dioptrías del ojo derecho, ya que se queja mucho de la vista. Esto lo ha sacado de su padre que el pobre no ve más de *tres en un burro* cuando se quita las gafas.

Igual se molesta Paco, pero voy a tener que decirle que lleve a los niños al colegio el viernes por la mañana, pues me va a venir muy justo de tiempo para llegar a la reunión que tengo a primera hora en el trabajo. ¡No querría llegar tarde! Imagínate que llegan los directivos de Topelsa y no he llegado con la suficiente antelación para preparar la sala de reuniones y convocar a todos los asistentes con la máxima puntualidad. El jefe tiene gran interés en que las negociaciones con este posible y potencial cliente, que yo misma contacté, lleguen a buen fin. Espero que el discurso que he preparado sea lo suficientemente convincente para que les cautive y firmemos el contrato. El jefe no hace más que decirme que confía en mi buen hacer y mi buena disposición para esta presentación y, como en veces anteriores, lo deja todo en mis manos.

De todas formas, pienso que alguna vez podría encomendarle esta tarea al director de Ventas o al de Recursos Humanos. Parece mentira que una administrativa como yo tenga que cumplir con estos cometidos cuando hay tanto personal en plantilla con sueldos que triplican el mío. No me atrevo a pedirle de nuevo un aumento de sueldo, pues la última vez que lo hice ya me dijo que con la pasada crisis mundial la empresa todavía seguía pendiente de un hilo, y me lo dice a mí que llevo las cuentas de la sociedad, y más que de un hilo cuelga de un rascacielos. Yo insisto en que por lo menos me iguale el sueldo con el de Luis, que tiene la misma categoría que yo, aunque él entra más tarde y se marcha antes que

